



## LIBIA

### Un futuro dependiente del petróleo



Como dice el proverbio, el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, y podríamos añadir que el hombre occidental es capaz de tropezar tres o cuatro veces.

Tras el desastre de Irak, donde nadie supo prever tras la invasión las consecuencias de la desestructuración política y socio-económica de una nación cogida con alfileres, Francia, Gran Bretaña y EE.UU. (citados por orden de intensidad en las ganas de intervenir) ayudaron con su aviación y su logística a derrocar a Muamar Muhamad Abu-minyar el Gadafi, dictador inamovible de Libia desde 1969. Pero realmente, ¿qué pasó en Libia en 2011?.

Aunque siempre es más fácil juzgar los hechos una vez que se han constatado todas las consecuencias, un informe presentado el pasado 9 de septiembre de 2016 por la Comisión de Asuntos Exteriores de la Cámara de los Comunes británica sobre la intervención occidental en Libia es demoledor para los promotores de la operación.



Siguiendo la estela de la revolución político-social en la vecina Túnez, en lo que se denominó “la primavera árabe”, la guerra civil estalló en la Libia del coronel Gadafi. En su lucha contra el dictador, la insurrección armada, apoyada fundamentalmente por Arabia Saudí y Qatar y

acosada por el ejército libio, se replegó en la costa este, en Bengasi. Como resultado, la población civil de la segunda ciudad del país se vio amenazada por las huestes del régimen, que todo el mundo pensaba que se vengarían brutalmente de manera indiscriminada. La Liga Árabe y la Unión Africana reclamaron una intervención exterior

y periodistas y ONG's alertaron sobre la posibilidad de una masacre de civiles. En respuesta, el Consejo de Seguridad de la ONU dio su beneplácito para que se interviniera, con el único objetivo de proteger a la población. Pero Londres, París y Washington fueron mucho más allá de lo autorizado: durante dos meses bombardearon sin cesar a las tropas, favoreciendo el avance de la rebelión. Se pasó así de una intervención puntual en Bengasi a una operación de cambio de régimen que la ONU no había autorizado y con la cual no estaban de acuerdo ni Rusia ni China.

El resultado, como todos sabemos, ha sido desastroso. Con el derrumbamiento del régimen, el país quedó en manos de una oposición desorganizada y se precipitó hacia una guerra civil entre yihadistas, islamistas moderados y milicias de todo tipo. Nada más lejos que justificar a Gadafi ni especular con que sin la intervención occidental no habiéramos asistido a la desintegración del país. Pero de lo que no hay duda es de que abrir la caja de Pandora sin disponer de soluciones de recambio factibles y sin llevar a cabo una verdadera reflexión sobre el futuro ha generado el caos al que asistimos. Como apuntan los diputados británicos, la operación, tal como se ejecutó, fue una auténtica irresponsabilidad.

Siendo moderadamente optimistas podemos decir que, tras cinco años de vaivenes, al día de hoy la situación se ha estabilizado, aunque Libia se ha partido en dos. Al Oeste se sitúa la provincia Tripolitana, controlada hasta hace bien poco por milicias islamistas "moderadas" y, desde marzo de 2016, en teoría, por el Gobierno de Acuerdo Nacional, al frente del cual se encuentra Fayez al-Sarraj, apoyado por la ONU. Recalcamos el "en teoría", porque según los observadores habría más de 150 milicias operando en Trípoli bajo el control de no se sabe quién. Al este está la provincia Cirenaica, con sus dos principales ciudades, Bengasi y Tobruk. Esta región está controlada por el general Jalifa Haftar, jefe oficial del Ejército Nacional Libio y principal adversario político del presidente oficialista al-Sarraj. A partir del mes de septiembre Haftar, que muchos piensan que tiene relaciones privilegiadas con la CIA, ha logrado hacerse con el control de la zona estratégica del este -el "arco del petróleo libio"- donde se hallan los terminales de descarga y por donde transita el 60% del crudo del país. En el medio, la ciudad de Sirte, donde se han hecho fuertes los yihadistas del autodenominado Estado Islámico (EI).

## **El petróleo, nervio de la guerra geográficamente mal repartido**

Es imposible comprender esta situación sin analizarla a través del prisma de los intereses que genera el petróleo. Nunca la expresión "oro negro" ha sido tan adecuada, ya que la perspectiva de una salida del conflicto atiza los apetitos y la codicia de muchos de los que intervienen en la crisis.

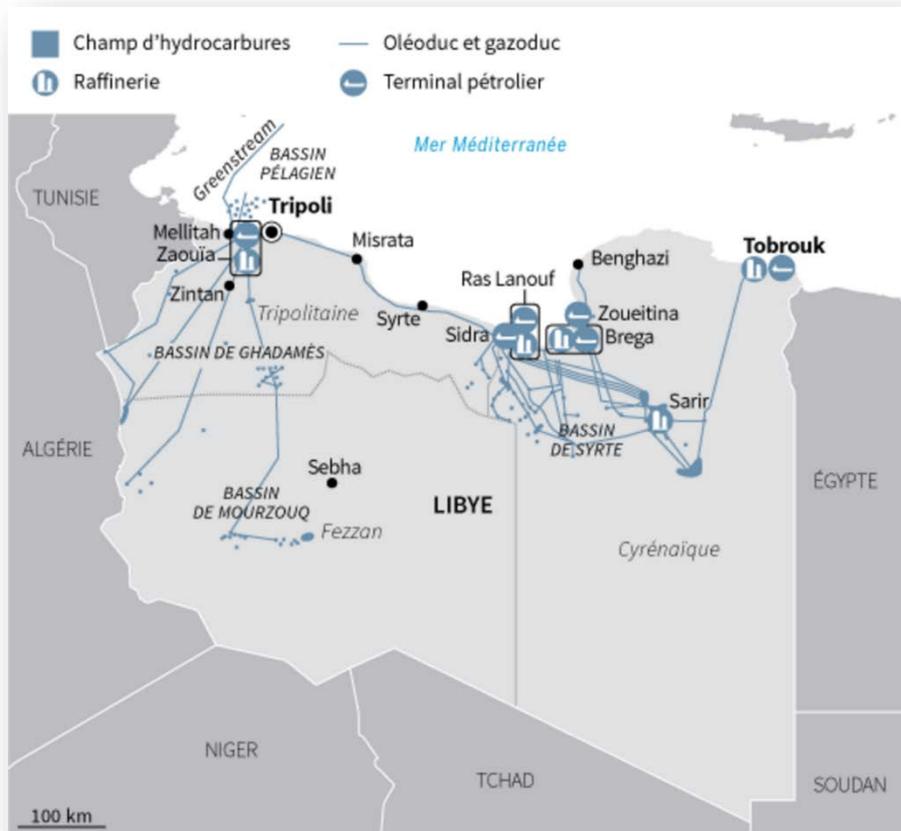


Libia dispone de unas reservas estimadas en 48.000 millones de barriles, lo que la sitúa en primera posición en África y en el noveno puesto en el mundo. Si hablamos de gas,



las reservas probadas suponen 1.600 millar dos de metros cúbicos, las quintas más importantes de África. En 2010, Libia producía 1,65 millones de barriles día (b/d), lo que generaba el 96% de los ingresos del Estado y 65% del PIB. Europa consumía el 84% del crudo libio, suministrando principalmente a Irlanda, Italia, Austria, Suiza y Francia. El caos generado por la revolución hizo que se desplomara la producción de manera espectacular. Hasta hace pocas semanas la extracción de petróleo no sobrepasaba los 300.000 b/d. El gas parece soportar mejor la crisis, ya que el nivel de producción es equivalente al 70% de lo producido en 2010. Lógicamente, este colapso ha sido catastrófico para las finanzas del país.

En la Cirenaica y en la zona de Sirte (centro-oeste) se ubican el 85% de las reservas de petróleo y el 70% de las de gas. El resto está en la cuenca de Gadamés y Murzuk (sur-oeste) y en yacimientos off-shore de la cuenca pelágica del noroeste. Por todo ello, cinco de los seis terminales de carga libios están en el este e igualmente cuatro de las cinco refinерías del país. El peso específico de la Cirenaica en este sector es más que estratégico.



Fuente: Le Monde



Con excepción de los yacimientos off-shore, la casi totalidad de las infraestructuras de extracción y transporte se paralizaron por culpa del conflicto entre facciones. De vez en cuando, alguna milicia tomaba como rehén a alguna de las instalaciones, a veces para imponer sus intereses estratégicos, otras simplemente para obtener recursos financieros chantajeando a las autoridades de Trípoli.

Para explotar este tesoro, en su momento, Gadafi puso en marcha un sistema de sociedades mixtas con intervención sistemática de la empresa pública National Oil Company (NOC). También creo un cuerpo de seguridad específico (Petroleum Facilities Guards) para proteger las instalaciones. A partir de 2011 este cuerpo de élite se fragmentó en milicias locales más o menos controladas por un jefe tribal, Ibrahim Jadhran. Como ejemplo del desorden reinante, en 2013, Jadhran llegó a bloquear cuatro de los cinco terminales del “arco petrolero” para protestar contra las malversaciones y la corrupción de Trípoli. Los políticos de la Cirenaica siempre se han quejado de que los recursos de los hidrocarburos desaparecían en lo que consideran “el pozo sin fondo” del Gobierno Central. Jadhran ha liderado una especie de movimiento federalista que exigía una distribución más equitativa de los réditos del petróleo en beneficio de su provincia. En un primer momento se alió con el general Haftar (ambos alineados con el gobierno instalado en Tobruk, la Cámara de los Representantes), pero al emerger el Gobierno de Acuerdo Nacional (GAN) de Fayez Sarraj, las relaciones con el líder militar se degradaron. El jefe tribal reconoció al gobierno de Trípoli, pero al mismo tiempo exigió para liberar los terminales compensaciones financieras destinadas a financiar su propia milicia y seguramente su propia persona. La aventura de Jadhran terminó cuando el general Haftar tomó el control de los terminales en septiembre pasado, prácticamente sin efectuar un disparo, lo cual, evidentemente, ha acrecentado mucho su influencia.

Por no extendernos demasiado en la descripción de la complejidad de la situación, solo citaremos los conflictos del mismo tipo en el suroeste del país, que enfrentan a los tuaregs de Fezán y a la etnia Tubu (sur de Libia) con sus aliados (las milicias de Zintan) por el control de las instalaciones petroleras y que paralizan periódicamente la producción en la cuenca de Gadamés y Murzuk.

Para complicar la situación apareció en escena el auto denominado Estado Islámico (EI), que a partir del primer trimestre de 2015 se expandió desde sus pequeños feudos y se apoderó de Sirte, en la frontera entre la Cirenaica y la Tripolitana. El EI no se financia con el petróleo, como hizo en Siria y en Irak, ya que no puede transportar la producción por la única salida posible, un mar Mediterráneo controlado por las marinas de los países occidentales. No obstante, hace todo lo que puede para impedir que los demás se aprovechen de este recurso atentando contra pozos e infraestructuras.



## ¿Y quién se lleva el dinero?

A corto plazo parece que el futuro de la producción petrolera en Libia se aclara con la toma de control de terminales y pozos por las fuerzas del general Haftar. La producción y el transporte del oro negro será mucho más segura que cuando estaba entre las manos de Jadhran, al que los altos funcionarios de Trípoli consideraban un chantajista.

Los únicos estamentos que se habían librado del caos, defendidos como estaban por la comunidad internacional, eran la National Oil Company (NOC), el fondo soberano Libyan Investment Authority y el Banco Central de Libia. La fractura entre este y oeste ha puesto en peligro la integridad de estas instituciones. El gobierno de Tobruk ha creado su propia compañía de petróleo, por considerar que la que tiene su sede en Trípoli estaba dominada por los islamistas de Fajr Libya (Alba de Libia), que controlaban el gobierno anterior al GAN. También pretendían duplicar el Banco Central, ya que los ingresos del petróleo transitan obligatoriamente por esta institución (que, dicho sea de paso, durante todo el conflicto ha continuado pagando los salarios de todos los funcionarios, tanto de Trípoli como de Tobruk). Pero los compradores occidentales se han decantado por pagar a través de los organismos de Trípoli, únicas instituciones apoyadas y reconocidas por la ONU, lo que evidentemente ha frenado la venta independiente del petróleo por parte de las autoridades de Tobruk.

Como estamos viendo, para todos los actores del drama libio el problema de fondo sigue siendo como controlar los ingresos del petróleo. Actualmente la NOC de Trípoli controla los flujos financieros y Haftar controla gran parte de la producción. Por su parte, la ONU ha recordado al General que la resolución 2259 del Consejo de Seguridad prohíbe expresamente las exportaciones ilícitas de petróleo. En las últimas semanas Haftar parece haber aceptado que los ingresos transiten por la NOC oficial, declarando que los frutos del petróleo deben ser “para todos los libios” y se ha desbloqueado la producción del “Arco del Petróleo” de tal manera que se podría alcanzar una producción de 900.000 b/d a finales de año.



Esto no significa que pueda darse por resuelto el problema, pero es un paso adelante.

El Gobierno de Acuerdo Nacional sigue sin ser aceptado como la única autoridad política de Libia. La Cámara de Representantes de Tobruk (formada tras las elecciones de junio de 2014), que debería ser el legislativo del nuevo Estado libio, no acabe de aceptar el esquema auspiciado por la ONU, ni de reconocer la autoridad de Fayez al-Sarraj. Las milicias de Misrata (que apoyan al GAN) siguen ocupadas con las posiciones



del DAESH en Sirte. En estas circunstancias, la posición de Haftar sale reforzada, por su papel de “árbitro” de la producción de petróleo y su reciente (y presunta) voluntad de negociación.

Por lo tanto, el futuro del país va a depender en gran medida de las respuestas que dé el jefe del Ejército Nacional Libio a las preguntas que se hacen los observadores de la crisis. ¿Respetará el General el mandato de la ONU o su repentina ecuanimidad es una estrategia para ganar tiempo? ¿Dejará operar a la NOC oficial o se las arreglará con los compradores para utilizar la nueva estructura que él mismo ha creado? ¿Aceptará financiar a su principal adversario, el presidente oficialista al-Sarraj, cuya legitimidad siempre ha puesto en duda?.

Lo que es evidente ahora mismo es que el líder de la Cirenaica se ha convertido en un paso obligado e inevitable de la resolución de la crisis libia. No obstante, la situación sigue siendo altamente inestable y prácticamente todas las semanas nuevos incidentes complican una posible salida del caos actual.

